

LA SOMBRA

Era una tarde fría de principio de otoño, amenazaba tormenta y en la mansión de Augusto Moguer todo era sosiego y paz. Victoria jugaba en el salón con un pequeño perro, llamado Pulga, y Elvira contemplaba la escena desde un cómodo sillón. Augusto tenía negocios que le obligaban a permanecer mucho tiempo fuera de su hogar, era viudo y su hija estaba al cuidado de Elvira, una buena mujer ya entrada en años, que había cuidado a su esposa cuando era pequeña, y ahora volcaba todo su amor en la pequeña Victoria, intentando suplir en lo posible el hueco tan inmenso que había dejado la ausencia de Soledad... -porque Soledad era el nombre de la esposa de Augusto-. Había sido una gran dama, algo que saltaba a la vista cuando contemplabas el gran cuadro que estaba colgado en una pared del salón, realizado por un famoso pintor del momento. La pintura representaba la frescura de su primera juventud; cubierta con una delicada túnica plisada, que reposaba a sus pies, parecía una vestal griega. El artista quiso destacar su gran belleza: el rubio cabello semejando hilos de oro, que caía en suaves ondas sobre sus hombros enmarcando el ovalo perfecto de su rostro, la recta nariz que denotaba una gran determinación, y el fino trazo de las cejas sobre unos ojos como dos grandes esmeraldas incrustadas en la porcelana de su cara, ojos que despedían reflejos de plata, acunados por sedosas pestañas completando el conjunto. El artífice de esta obra de arte, plasmó en la tela el sutil mensaje de esos ojos, el secreto del más allá, de la muerte y de la vida, esa vida que ella había perdido, pero que continuaba viva en Victoria.

Pero cuando mirabas detenidamente el cuadro, notabas algo extraño en su rostro, algo que no encajaba en la perfección de la imagen. ¡Era su boca!, no sonreía, roja como un rubí recién pulido, estaba herméticamente cerrada, sellada con un rictus de tristeza y melancolía, amargo, sin matices, como una premonición, guardando con su silencio algo que solamente ella conocía. Augusto intentó varias veces retirar el cuadro, ya que su presencia era un doloroso recuerdo, pero Victoria se negaba, ella no recordaba a su madre, pues murió cuando era muy pequeña y la pintura era su única referencia.

Victoria tenía seis años y era una niña muy alegre, con gran fantasía, como les ocurre a casi todos los niños que pasan gran cantidad de tiempo solos. Había heredado la belleza de su madre, también era rubia, pero sus ojos eran azules como dos trocitos de cielo, y su nariz era como un pegotito respingón sobre una boca que parecía una fresa recién cortada, donde siempre bailaba una suave sonrisa. Estaba en aquella edad tierna y pura, donde la vida parece un interminable cuento. Vestía un precioso traje de organza azul adornado con una gran banda de terciopelo rosa que se anudaba con un enorme lazo, medias de seda rosa a juego con la banda del vestido y zapatitos de reluciente charol. ¡Parecía una acuarela en rosa y oro!

Victoria pasaba mucho tiempo delante del cuadro de Soledad. La niña desde su fantasía hablaba con ella como si estuviese viva, parecía como si la madre le comunicara todo su amor a través de su mirada, y ella lo sentía en todo su ser como un dulce y tierno abrazo.

La tarde estaba húmeda, y en la chimenea del salón chisporroteaba un alegre fuego.

En una mesita baja, sobre una bandeja, un servicio de café y una pequeña copa de licor vacía. Elvira sostenía en sus manos un pequeño libro, que había sacado de la biblioteca de Augusto, no tenía predilecciones, simplemente se fijaba en la portada o en el título y de este le había llamado la atención el majestuoso cisne blanco, de un blanco suave y esponjoso, de nieve recién caída, como diría Rubén Darío en su poema “*Blasón*” dedicado a la condesa de Peralta:

“El olímpico cisne de nieve, con el ágata rosa del pico...”

Elvira por todos los medios intentaba leer, pero le resultaba imposible, no conseguía mantener los ojos abiertos, ya era vieja, la artrosis cabalgaba por sus articulaciones a gran velocidad y la humedad de la tarde aumentaba el dolor. ¿Quizá tomó más licor de lo habitual? ¿intentó calentar al mismo tiempo su espíritu y sus huesos? De cualquier forma, le fue invadiendo un dulce sopor, sus ojos finalmente se cerraron y el libro quedó tranquilamente posado encima de su falda, abierto por la página donde el ilustre Doctor Z pronunció:

-¡OH, si el tiempo pudiera detenerse!

Rodeando la mansión, un gran bosque con espaciosas avenidas flanqueadas por esbeltas palmeras, caprichosos olivos, plátanos y laureles, proyectando su sombra sobre ellas formando una especie de cúpula que impedía el paso de los rayos del sol, y proporcionando un suave frescor. En una pequeña encrucijada, un delicioso parque, donde la fresca y cuidada hierba semejaba un mullido tapiz verde, y grandes macizos de rosas rojas, blancos lirios y racimos de violetas, colocados artísticamente exhalaban un dulce perfume.

En el centro del parque un pequeño estanque custodiado por regordetes amorcillos de blanco mármol, y melancólica mirada, como si añorasen los tiempos pasados cuando Augusto y Soledad se bañaban en el dulce néctar de su copa de amor. Baño que Elvira había contemplado miles de veces desde una ventana del salón, sin poder evitar una pícaro sonrisa cuando Soledad salía del agua, sin más vestimenta que algunos pétalos rojos adheridos a su piel, que la suave brisa matinal había posado en la superficie del estanque.

En el parque solo se escuchaba el monótono zumbido de los insectos y el trino de las aves que al volar en alegre bandada ofrecían su sinfonía de luz y color. La tormenta estaba a punto de estallar, y Elvira no permitió a la niña jugar en el jardín. Pulga cansado de dar vueltas por la terraza, entró al salón y se acomodó sobre su almohadón mirando a una pequeña mariposa que con suaves movimientos, revoloteaba cerca de su hocico. Quiso asustarla y emitió un gruñido y después un ladrido y luego otro, hasta que la mariposa se alejó.

Pulga salió velozmente en su persecución, y Victoria que estaba contemplando la escena, fastidiada de su inactividad por culpa del mal tiempo, salió corriendo detrás de él. Elvira que dormía plácidamente el sueño de los justos, se despertó al sentir el leve ladrido del perrito y la risa de la niña. La tarde cada vez estaba más oscura, un tenue sol anaranjado había desaparecido en el horizonte, y unas espesas nubes, como un rebaño de ovejas plateadas, flotaban suspendidas sobre las copas de los árboles impidiendo que la pálida luna nocturna iluminara la escena. ¡De pronto!..., ¡un terrible grito atraviesa el parque!, Victoria ve con desesperación como Pulga, su querido perrito, al intentar alcanzar a la juguetona mariposa cae al estanque. Elvira sale a la terraza y horrorizada contempla

las siluetas de Victoria y Pulga en el centro del estanque, está paralizada, intenta correr, pero sus piernas no responden a los impulsos de su cerebro. ¡¡Su niña se ahoga, no sabe nadar!! Victoria se inclina hacia adelante..., extiende su manita a Pulga, y en ese instante desaparece de la vista de Elvira. A los pocos momentos aparece en el jardín caminando hacia la casa con el perrito apoyado dulcemente sobre su pecho, y cubierto con el enorme lazo de terciopelo rosa de su vestido ¡¡que estaba completamente seco!!, para darle calor, y él le devuelve una dulce mirada desde sus pequeños ojos, mueve su blando hocico, y con su rosada lengua lame suavemente la cara de la niña como si depositara todo su agradecimiento en un tierno beso.

¿Que había ocurrido? ¿Como era posible que Victoria estuviese completamente seca y Pulga chorreando, cuando Elvira había visto dentro del estanque a los dos juntos?, algo que Elvira no pudo contemplar..., en el instante en que Victoria se acercó peligrosamente al borde del estanque, una sombra, espesa y oscura, dibujando sobre la superficie una silueta de mujer como una prolongación del pavimento que rodeaba el estanque se interpuso entre la niña y el agua.

¡Había ocurrido todo tan deprisa!, que cuando Elvira se encontró de nuevo sentada en su sillón, más tranquila, exclamó: ¡No puede ser, lo he soñado, no ha sucedido!... !esto es una pesadilla producto del licor o de la lectura!, ya que el libro estaba abierto por el capítulo dedicado a los cuentos. Observó a Pulga que estaba pegado a la chimenea intentando secarse, y la tierna mirada que Victoria posaba sobre la pintura de Soledad. ¡Y la sangre se heló en sus venas! En el suelo, justo debajo del cuadro había un gran charco de agua, donde flotaban unos pequeños pétalos de rosas rojas, como recién cortados, y una enigmática y dulce sonrisa iluminaba el rostro de Soledad, borrando de su boca el anterior rictus amargo y melancólico.

¡Gracias mamá!... murmuró Victoria, y en ese mismo instante, una traviesa mariposa apareció cabalgando suavemente sobre un pequeño rayo de luz que entraba por la ventana.

¿Realidad, sueño, fantasía?...

FIN

20/05/15
19:58:53

Marysol Alonso Aznar